

I – RT nº 38, noviembre-1875.

En cosas de la fe me hallo con muy mayor fortaleza. Paréceme que contra todos los luteranos me pornía yo sola a hacerles entender su yerro. *(La Santa en su Relación II)*

Cada día se encoge más nuestro ánimo y nuestro espíritu se siente desfallecer al tener que escribir algo en gloria de nuestra gran Santa. A medida que avanzamos en el estudio de sus virtudes, a medida que vamos conociéndola más, se agranda la figura de nuestra queridísima Heroína, viéndonos más pequeños nosotros, más insuficientes para darla a conocer. Sucede con nuestra Santa lo que con todas las cosas sublimes: son más para admiradas que para descritas. Santa Teresa de Jesús se comprende mejor en el silencio de la oración que en todos los escritos que de ella se puedan publicar. Esta gran figura, a la que no pudo abarcar el siglo XVI con todas sus grandezas, que no fueron sino pequeño marco para embellecerla y hacer resaltar mejor sus glorias; analizada se empequeñece, considerada en conjunto excede los límites del humano entendimiento. Santa Teresa de Jesús, se ha dicho, y con verdad, es superior al juicio de los hombres. A los títulos de Doctora, Poetisa, Reformadora, Conquistadora, que la hacen formar coro con los más eminentes ingenios del mundo, reúne la fortaleza de la mujer y el amor de un serafín. Es Teresa de Jesús Santa, y Santa española, y con ello está dicho todo. Dios solo, que crió a su Teresa para blasón de su omnipotencia, puede valorar dignamente tan celestial margarita. Por ello nos ha dejado escrito el sabio y piadoso Padre Faber: “Innumerables eternidades no serían bastante largas para dar a Dios las debidas gracias por haber dado a su Iglesia la santa Madre Teresa de Jesús”.

No obstante, llamados sin ningún mérito nuestro, más aún a pesar de nuestra cortedad, a darla a conocer y hacerla amar, proseguiremos en este empeño gratísimo para nuestro corazón, confiados más en la virtud del cielo que en nuestras fuerzas. Yo soy en verdad como los pájaros, podemos decir con mayor justicia que la seráfica Doctora, que sólo saben cantar lo que les muestran; o como el que hace un bordado copiando la labor y primores que tiene delante. A la letra nos cuadra esta comparación. Y como lo reconocemos con toda sinceridad, a ti acudimos, oh divino Jesús, que no te desdeñaste de apellidarte Jesús de Teresa, para que nos muestres y des gracia para mostrar a los demás, si no todas, al menos algunas de las más primorosas labores con que adornaste a tu enamorada Esposa. En ello está interesada tu honra, pues ya sabes que no es otro nuestro intento al ponderar las glorias de la gran Teresa, sino que seas tú glorificado muy mucho y amado en tu Santa incomparable, blasón el más noble de nuestra España católica, flor la más lozana y hermosa del jardín del Carmelo, astro de primera magnitud en el cielo de la Iglesia que derrama torrentes de luz sobre toda la cristiandad.

Hemos examinado en los años anteriores la magnanimidad y humildad heroicas de nuestra Santa, dos virtudes que son como el fundamento y que nos revelan de algún modo la grandeza del edificio espiritual. Hoy nos toca emprender otra serie de consideraciones de un orden más elevado, examinando el fundamento positivo, digámoslo así, de las virtudes y méritos de la gran Santa, tratando de su fe sobrenatural. La humildad, como enseña santo Tomás, es el fundamento de las virtudes morales; pero fundamento tan solo que remueve lo que impide al alma que sea sólidamente virtuosa, haciéndola apta, bien aparejada para recibir las influencias del cielo, los auxilios de lo alto. La humildad abre el hoyo para plantar el árbol de la justificación, y la fe es la raíz que da vida a ese árbol: la humildad abre el fundamento, ahonda y quita la tierra movediza para que la fe ponga la primera piedra del edificio sobrenatural. Si tan grande fue, pues, como vimos en los años anteriores la santidad de nuestra Heroína, ¿cuán sólido, cuán perfecto no debe ser su fundamento?

Un tanto nos detendremos en la explicación y ponderación de esta virtud de la Santa, pues así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles porque, esto hecho, el beneficio de la raíz redunda luego en todas las ramas que de ella proceden, así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes que es la fe, porque estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán más abundantemente¹. Además, en nuestros días lo que más falta hace en los cristianos es la fe de que vive el justo, que traslada montañas, obra maravillas, vence imposibles, y triunfa del mismo Dios. A un siglo indiferente, y por consiguiente sin fe viva, el ejemplo de santa Teresa de Jesús, celadora de la fe en España, alma que nunca admitió duda contra esta virtud, y que según confesión de un célebre escritor de nuestros días fue la que más en el siglo XVI trabajó por conservarla en toda su pureza en nuestra patria; el ejemplo, digo, de esta Santa contribuirá poderosamente a convencerlo de las verdades de nuestra Religión, del poder de la gracia, de la falsedad de las excusas que opone el seguimiento de la ley suave del Crucificado. Además, las almas que ya llevan una vida cristiana, mirándose en un ejemplo tan preclaro, reconocerán cuánto les falta para ser lo que deben. ¡Oh si tuviésemos fe viva, como la tenía la Santa, como se multiplicarían los milagros! ¡Cuán pronto experimentaría el mundo y sobre todo la decaída España, antes país el más fecundo en la fe, la verdad del dicho de la Santa: “¡Fe viva que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios” y lo que dice el santo Evangelio: “¡Todas las cosas son posibles a los que creen!”.

¡Santa Teresa de Jesús! ¡dulcísima Doctora y firmísima siempre en la fe! Alcanza a tu devoto lumbre clarísima y vivísima fe y con ello gracia copiosa para hablar dignamente e inspirar a las almas en especial de tus amantes tan celestial virtud. ¡Oh si supiésemos creer como Teresa de Jesús creyó, cuán presto sabríamos esperar y amar como ella, y de esta suerte cuán felices seríamos en el tiempo y en la eternidad! E. DE O.

II – RT nº 39, diciembre-1875.

Aunque soy miserable, firmemente creo que podéis, Señor, lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe.

(Santa Teresa de Jesús, Excl. 4)

Nadie puede vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto, ni sabido razón de ellas. Y es de dos maneras: adquirida e infusa. La fe adquirida es la que el hombre con actos repetidos alcanza, cual es la que tiene el hereje y cualquier otro que por la costumbre que tiene de dar crédito a sus errores, apenas hay medio de desquiciarle de lo que tantas veces aprendió mal. Mas fe infundida o sobrenatural es la que el Espíritu Santo infunde en el entendimiento del cristiano, la cual le inclina eficazmente a creer lo que la Iglesia le propone.

Es la fe una de las virtudes de que siente mayor necesidad el hombre, pues, así como sin la fe sobrenatural es imposible agradar a Dios y salvarse, así sin la fe natural es imposible agradar a los hombres y vivir en sociedad. Es natural al entendimiento del hombre el creer, como es natural a su corazón el amar. Creer es una necesidad de nuestro entendimiento; amar lo es de nuestro corazón. Conoce el entendimiento del hombre muchas verdades, y es capaz de conocer un número mucho mayor; pero le es imposible verlo todo, comprenderlo todo, y de ahí nace la precisión en que se ve de creer.

¹ V. Granada, Símbolo de la fe, Prt. 2ª, c. II.

No sólo el vulgo, sino los hombres sabios sienten esta necesidad imperiosa del alma humana. En sus más profundas y vastas excursiones por el campo de la ciencia, al querer profundizar, penetrar con mirada curiosa en sus arcanos, una niebla misteriosa les oculta la claridad de la verdad, y por más que enciendan y aviven la llama de la antorcha del ingenio humano, forzados se ven a exclamar al ver que la luz se les apaga entre sus manos: Sólo una cosa sé, y es que sé que no sé nada. Y leen en lo más interior del templo de la ciencia los sabios, lo que los ignorantes en su vestíbulo, esto es, aquella palabra que siempre nos rodea: Misterio. ¡Felices estos ingenios preclaros si saben repetir entonces como el vulgo, más afortunado a veces en este punto que ellos, la palabra que da paz al alma: Creo!

San Agustín, aquella alma grande que tanto alcanzó con su mirada de águila de los misterios del alma humana y de todo lo que nos rodea, lo testifica declarando esta verdad con estas hermosas palabras²: “Así como el que cayó en manos de algún mal médico no se osa fiar ni aún del bueno, así mi alma, que tantos malos médicos y maestros había experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe había de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima poco a poco comenzaste a tratar y componer mi corazón, haciéndome que considerase cuantas cosas creía que no había visto ni hallándome presente cuando se hacían, como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles, y muchas de los lugares y ciudades que yo no había visto, y muchas otras en las cuales daba crédito a los amigos y a los médicos, y a unos y a otros hombres, las cuales cosas si no fuesen creídas no se podría gobernar la vida humana. Y sobre todo esto por cuán cierto tenía quienes eran los padres que me engendraron, lo cual no podía yo saber sino oyéndolo a otros. Con estas cosas, Señor, me persuadiste no solamente que diese crédito a las santas Escrituras, las cuales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, más aún que tuviese por muy culpados a los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razón y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las Letras sagradas, comencé luego a creer que no era posible que tú dieras tan grande dignidad a esas Letras en el mundo, sino porque mediante ellas querías ser creído y por ellas buscado”. Hasta aquí son las palabras de san Agustín.

Mas oigamos ahora las excelencias de nuestra fe, que vence al mundo, de boca de uno de los hijos más esclarecidos de la gran Celadora de la fe en España, el cual en pocas palabras resume sus prerrogativas diciendo así:

“La fe cristiana es una antorcha resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos, un dedo de Dios que nos muestra la verdad, médico que nos enseña las medicinas con que curemos las dolencias de nuestra alma. La fe es nuestro legislador, que nos da leyes de buen vivir, y la que instruye nuestra vida con mandamientos saludables. Es como el arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara a los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es el sol de nuestra vida, que esclarece los entendimientos de los mortales, y aquellos ojos que, como dice Salomón (Eccles. II.), están en la cabeza del sabio, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriendo la celada de los enemigos, y guiándonos por camino seguro; el escudo que nos defiende contra todas las tentaciones.

Y finalmente, como exclama un sabio Doctor, la fe es el primer fundamento de la vida cristiana, y la raíz y principio de todas las virtudes. La fe es el norte y la carta de marear, por la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso de este mundo. La fe nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios, que son paraíso, infierno, juicio final y pasión de Cristo nuestro Señor, con todos los otros beneficios divinos. La fe nos declara perfectamente la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado, para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fe es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificación, fundamento de nuestra esperanza, sabiduría de los

² Confesiones, lib. VI. Cap. IV y V.

humildes, filosofía de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos, y tormento perpetuo de la mala conciencia. Y sobre todo esto la fe, cuanto al conocimiento, levanta al hombre sobre la naturaleza humana, y le pone en el orden de las cosas sobrenaturales y divinas, por ser ella una lumbre sobrenatural que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas, la cual sin razones ni argumentos humanos nos inclina a creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su Iglesia revelado. Y así con mucho fundamento se puede llamar la fe sustento y mantenimiento del justo”.

Después de oír al Doctor de la gracia ponderar la necesidad de la fe, y a un hijo del Carmelo definir sus excelencias, creemos se complacerá el ánimo de nuestros lectores saboreando un acto de fe magnífico de nuestra mística Doctora, la cual, esclarecido su entendimiento y enardecido su corazón con la lumbre vivísima y encendida de fe, exclama en un arranque de los más subidos de su espíritu³.

“¡Oh Señor! ¡confieso vuestro gran poder!

“¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, o vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mío, y misericordia mía! ¡Y cómo las podéis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende así, mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podéis Vos, Señor, hacer que le torne a ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar a cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder, si sois generoso, como lo sois. ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. ¿Y que hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Váleme, Señor, esto en que no os he ofendido”.

¿Podremos nosotros afirmar lo que nuestra Santa? ¿Alegaremos el mérito de nuestra fe para inclinar el ánimo de su divina Majestad a misericordia, cuando tal vez, o sin tal vez, con nuestras dudas o vacilaciones, o al menos con nuestra fe tibia, le hemos provocado muchas veces su ira?

¡Oh gran Dios! si pudiésemos argüir al Señor todos los amantes teresianos con la misma fe que nuestra santa Doctora! “¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder. Quered Vos, Señor mío, quered salvar el mundo, convertir los pecadores, libertar a Pío IX y dar paz verdadera a vuestra España, que aunque miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis... ¿Qué hay imposible al que todo lo puede?” ¿Cuántas maravillas obraría el Señor en nuestros días? Fe viva, amados míos, que hace alcanzar las cosas grandiosas y dificultosas de Dios. E. DE O.

III – RT nº 40, enero-1876.

No era menester más para mí de pensar, hízolo Dios todo, y veía que no había de que me espantar, sino porque le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

(Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 28)

Acostumbran los que no conocen qué cosa es la fe cristiana hacernos cargo porque creemos lo que no vemos ni entendemos, ignorando los tales o afectando ignorar que es de condición

³ Exclam. 4

esencial a la fe creer lo que no se ve, o sea la fe es de cosas que no comprendemos. Porque en verdad, si comprendiésemos las cosas, ya no se hablaría de fe. Vimos ya con san Agustín cuán sin razón discurren estos tales, y que no pueden dejar de admitir muchas cosas que no han visto, so pena de pasar plaza de hombres insensatos o locos. ¿Quién ha visto el aire, quién ha visto sus padres al nacer, y todas las cosas y lugares que hay en el mundo? Y no obstante debemos creer que existen por el testimonio de los hombres, que no es otra cosa que un acto de fe.

Pero pasemos más adelante y veamos con cuánta sinrazón arguye el incrédulo al echar en cara a los fieles que la fe oscurece la razón, acorta el vuelo del ingenio, y otras sandeces por el estilo.

En primer lugar, nadie puede desconocer que la fe sobrenatural es una luz, conforme al dicho del real Profeta: “En tu luz veremos luz”. Es luz que nos muestra altas y provechosas verdades de Dios y de sus divinos atributos, sin cuya ayuda jamás el hombre hubiera podido sospechar su existencia; es luz que eleva al hombre a una región superior a todo lo criado en un orden sobrenatural; es luz, en fin, porque esclarece y guía con seguridad a la razón aún en sus conocimientos naturales, dándole a conocer las verdades que ella no podría alcanzar sin mezcla de error y sin grande trabajo. Y en verdad, ¿no sabe más y mejor de Dios, de sus atributos, del alma humana y de la vida futura un niño cristiano que sepa el catecismo, que todos los más renombrados filósofos de la antigüedad supieron o aprendieron en toda su vida? Bien decía Tertuliano que el dar asenso a la autoridad de la Iglesia en las cosas de fe es un grande atajo que nos ahorra inmensos trabajos. Discurriendo santo Tomás sobre la fe de los cristianos, dice estas memorables palabras: No creerían si no **viesen**, y esto es tan cierto, que el Apóstol prescribe que sea racional el obsequio de la fe, y no lo sería por cierto si a tontas y ciegas creyésemos cualquier cosa. Porque Dios, que nos ha dado la razón, no quiere que para creer nos hagamos irracionales.

Pero se nos dirá acaso: ¿cómo han de ver que son creíbles las verdades de nuestra fe los rústicos y el pueblo ignorante, que no reflexionan ni alcanzan siquiera las verdades más triviales? ¿No ven mejor y comprenden los motivos de credibilidad muchos hombres sabios que han examinado detenidamente los fundamentos de nuestras creencias, y a pesar de esto tienen la desdicha de no creer? ¿No ven más que ellos, y no obstante creen? ¿Cómo se explica? Santo Tomás no asegura que creen porque ven, sino que afirma que no creerían si no viesen que esas cosas son creíbles. Es una condición de nuestra fe el ver para creer; mas no es la causa que nos impele a ello. Si así fuera, los hombres más instruidos en los fundamentos de nuestra santa religión y en los motivos de credibilidad, serían los que tendrían más viva fe, y no obstante no es difícil hallar algunos fieles rudos que tienen fe más viva que los tales, que muchas veces no tienen ninguna. Yo, pues, puedo asegurar con verdad con santo Tomás, que si no veo, no creo; mas, no obstante, no creo porque veo que una cosa es creíble; para ello se requiere además una pía moción de la voluntad que no está en nuestra mano el tener, sino que es don gratuito de Dios, pues no basta ver para creer, como enseña santo Tomás con los teólogos, sino que en el conocimiento o adquisición de la fe corresponde una parte principal a la voluntad⁴. Esto nos explica por qué el pueblo tiene muy a menudo fe más viva que otros fieles más ilustrados, porque siendo obra de la gracia de Dios y un movimiento o afecto piadoso de la voluntad el creer no hallando en estos corazones tanta resistencia, se comunica con más abundancia la gracia del Señor. No es en la cabeza, le ha dicho con verdad, sino más bien en el corazón; no es en el alma, antes bien en el cuerpo y en las pasiones, donde radica y se afirma la dificultad de creer. Por esto Jesucristo nos afirma que la luz ha venido al mundo y los hombres han preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas, porque el que obra mal aborrece la luz, y no viene a la luz por temor de que sean reprobadas sus obras.

⁴ Sum. Cont. Gent. Lib. 3º, cap. 40

El que cumple la verdad viene a la luz⁵. Esto nos explica perfectamente el secreto o dificultad que muchos encuentran en creer los misterios o verdades de nuestra religión santa. Si tuviesen un corazón puro y deseos de seguir y conformar su conducta a lo que la fe enseña, no serían rebeldes a la luz de esa fe. Quitad su mandamiento, decía un famoso impío, y, no un símbolo, sino cuantos queráis admitiré. Por eso santa Teresa de Jesús, la gran celadora de la fe en nuestra España, de vida inocentísima y conforme a los preceptos y consejos evangélicos, decía muy bien de los desventurados herejes de su tiempo, a los que tan perfectamente conocía: “Se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí tiene quien les diga es malo⁶.”

Si su vida fuese pura, exclamarían con san Agustín: Creo lo que no sé ni entiendo, y por eso puedo decir que lo sé, porque sé que no sé, ni entiendo lo que no entiendo⁷. Aquí es donde se ha de regalar un alma y tomar gran gozo y estima de las cosas divinas, que sean tan altas y maravillosas que ella no las entienda; y cerrando las puertas al discurso, tender las velas de la voluntad, y haciéndose como niña cantar con la Esposa: “Tus pechos son más sabrosos que el vino⁸”. Donde la esposa se hace como niña de leche; porque así como el niño mama y se apega a los pechos de la madre, sin discurrir ni escudriñar nada, así apegados a los dulces pechos de Dios a ciegas, creyendo que es más de lo que podemos entender, debemos ocuparnos en amar. Y así es grande la bobería y grande la soberbia de los que se cansan en querer con sus razoncillas entender y escudriñar estos misterios, porque están solamente reservados a la fe.

Concluyamos, pues, exclamando con Tertuliano: “Ríndase la curiosidad a la fe, y la gloria de la humana sabiduría a la salud” Y con la seráfica Doctora: “En cosa de fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo a morir mil muertes”. (*Santa Teresa de Jesús; Vida, c. 33*). E. DE O.

IV – RT nº 41, febrero-1876.

En cosa de la fe o por cualquier verdad de la Escritura, por ella me pornía yo a morir mil muertes. (*Santa Teresa, Vida, c. 33*)

Antes de entrar en el estudio de la fe de nuestra Santa, y esclarecer algunos puntos que la impiedad embrolla u oscurece con sus sofismas, bueno será prevenir el ánimo de nuestros lectores contra una dificultad que hace vacilar en la fe a muchos espíritus poco arraigados en ella, o de cortos alcances.

No se nos oculta que la mayor parte, o casi la totalidad de nuestros lectores, no necesitan de nuestras pobres razones para fortalecer su fe, que mejor que nosotros en nuestra cortedad alcanzan ellos en su claro entendimiento. Mas como hoy día tanto se repiten los argumentos contra la fe, no será por demás el refrescar siquiera estas ideas fundamentales.

⁵ Joan III 19,20, 21

⁶ Vida, cap. 7

⁷ Serm. I de Trinit.

⁸ Cant. I

Fundamental llamamos en esta parte a la idea que vamos a desenvolver, porque bien meditaba hará que toda dificultad que se presente contra nuestra fe, se trueque en argumento poderoso para confirmarnos más en ella, sacando para nuestro bien excelente triaca del más activo veneno. Leímos ha muchos años en santo Tomás, el Ángel de las escuelas, esta razón fundamental, solución radical de toda dificultad que se ocurra o levante cabeza contra las verdades de nuestra fe, y todavía no se ha borrado de nuestra mente la estela luminosa que dejó en ella. Este santo doctor, que con tanta precisión y acierto habla siempre de todas las materias que trata, en esta parte puso a la raíz la segur, para cortar por su pe todo retoño de incredulidad. Oigan nuestros lectores, y fijen bien en su pensamiento tan sólida y luminosa doctrina, y por cierto que si la tienen presente en las dudas que el enemigo les sugiera contra la fe, esas dudas se trocarán en estímulos poderosos que la avivarán y consolidarán más fuertemente.

Es cosa muy corriente entre los incrédulos presentar razones más o menos especiosas contra la fe, haciendo creer que es contraria a la recta razón tal verdad, pues hay argumentos contra ella que no pueden soltarse. Y si es diestro y de agudo ingenio y leído el que tal hace, reviste el error con tantos atavíos robados a la verdad, que oscurece el entendimiento del creyente sencillo, obligándole a conceder que es verdad, no lo que enseña la fe, sino los errores que él involucra con sus aparentes razones. Nunca sucederá tal desgracia, Dios queriendo, a nuestros lectores si recuerdan lo que enseña el Doctor angélico en su libro de oro, la **Suma contra Gentes** (1.I, c. 7). Dice así: “No puede suceder jamás que las verdades reveladas estén en pugna contra lo que dicta la recta razón. Porque Dios, autor de la naturaleza y de la fe, divinamente nos ha infundido tanto el conocimiento de los principios evidentes de la razón, como el conocimiento de las verdades de la fe. Conteniendo en sí, pues, la divina Sabiduría unos y otros principios, jamás podrá haber entre ellos pugna u oposición verdadera, real; porque la habría en la misma sabiduría de Dios, que por un lado afirmaría lo que por otro niega. De lo que debemos inferir que todas las dificultades que se levanten contra las verdades de la fe, no proceden rectamente de los primeros principios naturales por sí conocidos; por lo que no tienen fuerza de demostración, y por consiguiente son razonamientos probables o sofisticos, y así se pueden solventar”.

Firme, pues, nuestro entendimiento en la posesión de las verdades de todo lo que enseña nuestra santa fe, cuando venga alguna duda o razonamiento a perturbarnos de esta pacífica y cierta posesión, debemos siempre desecharlo como falso en lo que se oponga a ella. Y aunque fuese un Ángel del cielo el que tal duda pretendiese levantar en nuestro espíritu y nos lo representase con todas las apariencias y señales de verdad, debemos rechazarlo con presteza, como nos advierte el apóstol san Pablo. No importa que por nuestra rudeza no sepamos desvanecer las dificultades; bástanos saber que es doctrina opuesta a la fe para condenarla por error, para afirmar con toda certidumbre que no es conforme a recta razón, pues Dios no puede contradecirse enseñándonos una verdad de fe, y después una verdad natural opuesta a la primera. No comprendo lo que me dices, podemos replicar al que se afane por arrancar la fe de nuestra alma por medio de deslumbrantes sofismas, pero sí que estoy cierto que estoy en posesión de la verdad, y lo que dices tú no lo es, pues nunca batallan entre sí las verdades, hijas bien educadas todas de un mismo Padre que es Dios, primera y suma Verdad. Estudia mejor la cuestión sin pasión, y verás cómo te convences de ello, como a tantos sucede todos los días.

Consideremos, lectores queridos, cómo nos portaríamos con quien quisiere negarnos o falsificarnos los títulos verdaderos de posesión cierta de nuestra herencia. ¿No es verdad que rechazaríamos indignados todas sus cavilaciones, y miraríamos como a un ladrón al que tal hiciese? Pues hagamos otro tanto con los que quieren con sofismas robarnos la fe del alma, que son los títulos legítimos incuestionables que nos dan derecho a la herencia del cielo, de los hijos de Dios. Considerémoslos como a ladrones que pretenden arrebatararnos lo que más vale, el tesoro de nuestra fe, y con indignación rechacémoslos de nuestro lado, y cerremos los oídos a sus voces. Y cuando más difícil se nos haga de creer algún misterio, imitemos a nuestra Santa, cuyo espíritu se regalaba creyendo las cosas de Dios que al parecer iban más por fuerza o encima de los alcances cortos de

nuestra flaca razón, y repitamos con el mismo espíritu de fe que Teresa de Jesús cuando se nos arguya de imposibles: ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? Decid, dulce Amor, decid, y yo creeré todo lo que Vos mandáis, por más que lo repugne mi razón enferma, porque Vos sois Dios de verdad, que nunca os engañáis ni podéis engañarnos. Creo, Señor; fortaleced, aumentad mi fe.- *E. de O.*

V – RT n° 42, marzo-1876.

La divina Verdad es verdad en sí misma sin principio ni fin; y todas las demás verdades dependen de esta Verdad, como todos los amores del divino Amor, y todas las grandezas de la divina Grandeza. (*Santa Teresa de Jesús, V., c. 40*)

Vimos en el artículo anterior cómo es imposible levantar un argumento que en verdad se oponga a los dogmas que nos enseña la fe. Rayos de un mismo sol, de un mismo foco de luz la fe y la razón, o, como dice la seráfica Doctora, verdades que dependen de la suma y divina Verdad, jamás pueden andar reñidas haciéndose sombra, son más bien se prestan mutua ayuda, y hermanados en lazo amigo producen la armonía más admirable que se puede codiciar en este suelo.

Mas los enemigos de la fe cristiana tratan de desdorar a esta hija esplendente del cielo, presentándola como reñida con el ingenio. ¡Cómo si la llama venida del cielo por luminoso y vivífico rayo pudiese oscurecer a la pálida luz de una lámpara humeante! Dicen los tales que la fe aprisiona el entendimiento, corta el vuelo del ingenio, acorta la mirada penetrante del alma sublime. ¡Insensatos! ¡Cuánta malicia o ignorancia revelan en sus dichos! Desprecio o compasión tan solo merecen. La fe no acorta el vuelo del ingenio, sino que le presta alas de ángel para elevarse a un mundo mejor. La fe, que eleva al hombre a una esfera superior mostrándole nuevas verdades; la fe, que derrama torrentes de luz sobre las verdades que la razón natural enseña, purgándolas de todo error y poniéndolas al abrigo de toda duda; la fe ¿puede acortar el vuelo del ingenio? ¿Por ventura hubiese podido sin ella el ingenio humano elevarse a las alturas que se elevó en un Agustín o Tomás de Aquino? La fe rompe las cadenas que constriñen a la débil razón, y colocando en sus manos el divino telescopio le descubre y le hace observar con purísima y tranquila mirada millones de nuevos mundos que sin su ayuda jamás hubiese podido sospechar su existencia siquiera. La fe, divino imán de las almas, que las dirige siempre al norte de la primera Verdad, que es Dios, guía con toda seguridad los pasos vacilantes del frágil y ciego mortal en el laberinto de los sistemas y opiniones varias y encontradas que le salen al paso en todas las investigaciones. ¿Qué sería del hombre sin esta guía? ¿qué de la razón sin este ayo? Y el alma humana ¿dónde hallaría holgura y descanso si esta estrella no la precediese? Como los Magos al ocultarse la estrella, habría de acudir a los doctores de la ley, y ¡ay de ella si no convinieran en mostrarle el camino recto que conduce a la verdad! Desesperada se volvería a su tierra de la incertidumbre y de la duda sin poder adorar al Hijo de Dios y descansar cabe él. ¡Bendita fe, hija del cielo! Yo te adoro y te amo con toda la efusión de un corazón agradecido. No ceses jamás de alumbrar el horizonte de nuestra vida, y en los celajes que las pasiones mal mortificadas levantan, pretendiendo enturbiar el claro cielo de nuestra inteligencia, no ceses jamás de brillar y esparcir tu luz benéfica que nos salve.

Es verdad que Dios ha dejado el mundo a las disputas de los hombres, dándoles ancho y libre campo para espaciarse y hacer uso de su libertad y de aguzar su ingenio. Mas previendo que en este anchuroso e inmenso campo de los conocimientos humanos, en este mar insondable que puede recorrer nuestra inteligencia, hay precipicios horribles, escollos innumerables donde podemos perecer, ha colocado ¡bendita tan amorosa Providencia! Ha colocado al borde de estos abismos la luz de la fe, ha encendido el faro de la revelación para que nos alumbré y nos advierta de los

peligros. ¡Cuánto no agradece un extraviado viajante en noche oscura la luz que le guía al verdadero camino! ¡Con cuánta efusión de su alma no bendice el perdido marinero en lóbrega noche cuando arrecia la tormenta el faro tranquilo que le guía con seguridad al puerto! Pues esa luz benéfica, ese esplendente faro es la fe, que no en vano compara el apóstol san Pedro a la luz que alumbra en lugar tenebroso. ¿Y qué mayores y más densas tinieblas que las que cercan a la pobre razón humana después del pecado? ¿Qué mayores y más esplendentes rayos que los que la esclarecen elevada al mundo sobrenatural por la antorcha de la fe? Díganlo los más renombrados filósofos y pueblos de la antigüedad que sentados yacían sin la fe en las tinieblas y sombras de la muerte; y díganlo los pecadores del mar de Galilea convertidos en Apóstoles, que confundieron al mundo y a todos sus sabios por haber descendido sobre ellos e ilustrado su entendimiento la lumbre de la fe.

Mas ¿para qué cansaros buscando fuera lo que tenemos dentro, en nuestra propia casa? Santa Teresa de Jesús ¿no es una demostración evidente y por ende irrecusable de lo que puede un alma ilustrada, elevada por la fe? ¿Quién dio a Teresa de Jesús tanta sencillez y sublimidad, tanta ternura y fortaleza, tanta sabiduría y ciencia del corazón humano, tanta, en fin, elevación y verdad en sus escritos? ¿Quién mejor que la mística Doctora comprendió y acertó a decir con método y claridad admirables los secretos arcanos, las amorosas confidencias que pasan entre el alma y Dios? ¿Quién sin lumbre de fe puede, no diremos penetrar, sino tan siquiera saludar, aún por mera curiosidad, las **Moradas** del alma? ¿Quién internarse y penetrar allí con paso seguro, si esta antorcha de la fe no le precede?

Vedla a la sencilla y humilde virgen, cual cándida paloma, cómo, merced a las luces que le presta la fe, discurre sobre las flores más exquisitas del jardín del Amado y escribe libros inmortales que leen todas las generaciones con asombro y pasmo siempre crecientes. Vedla, mujer y todo, enseñar en la Iglesia de Dios, ser la maestra de los sabios, y aclamada por todos por un prodigio de ciencia, sin que ningún doctor la haya igualado, en sentir del papa Gregorio XV, en explicar con método claro y concertado los profundos arcanos de la teología mística. ¿Por ventura a Teresa de Jesús le fue de embarazo la luz de la fe al discurrir, o mejor diremos, volar por el campo de la ciencia del espíritu? O ¿no fue ella la que le prestó todas estas gracias? ¿Qué hubiera sido Doña Teresa de Ahumada si no hubiese herido y esclarecido su grande ingenio la luz de la fe? ¡Ah! No hubiera pasado de ser una mujer vulgar, quizás funesta, como tantas por desgracia lo fueron y lo son en nuestros días.

Con la lumbre y esfuerzo de la fe es Teresa de Jesús águila caudal que domina las ruindades y bajezas de este suelo, y vuela ligera, y se eleva hasta el trono de Dios, y se pierde de vista en sus escritos sublimes: quitadle la fe, y será aquella avecita que tiene pelo malo, que se cansa y queda, arrastrándose, cual reptil venenoso, por el suelo, como ella dice con tanta gracia. (*Vida c. 13*)

E. DE O.

VI – RT nº 43, abril-1876.

Mientras más parece van sin camino natural las cosas o verdades de la fe, más firmes las hemos de tener.

(*Sta. Teresa de Jesús, Vida, c. 19*)

Dimos en otra ocasión una demostración a nuestros lectores de que ninguna dificultad o razón se pueden presentar contra la fe que pruebe su falsedad, porque la fe y la razón, hijas y mensajeras de un mismo Señor, nunca, mientras sean fieles, pueden estar en pugna. Esta verdad bien penetrada cortará el más insignificantes retoño de infidelidad que quiera levantar cabeza en nuestra alma. Pero a veces las dificultades vienen de los demás, y queremos proporcionar a nuestros lectores un medio eficaz para convertir en triaca saludable el veneno que lleven los dardos

emponzoñados de la incredulidad, con un argumento bien sencillo, pero que convierte todas las dificultades en otras tantas pruebas que confirman nuestra fe. El alma que bien se penetra de la razón que voy a presentarle, es seguro que cuánto más combatida se vea su fe, más se avivará y robustecerá. Le sucederá lo mismo que al incendio voraz con el viento impetuoso, que cuánto más fuertemente sopla, más alta se levanta la llama, y más poderosa consume cuanto se opone a su paso y propagación. Este oficio hará el viento de las dificultades contra la fe en el pecho del amante teresiano, si se penetra bien de lo que vamos a indicarle. Cuanto mayores, más insolubles al parecer sean los argumentos que se le opongan para arrancarle la fe, apagar su llama, no harán otra cosa que avivársela más y más, arrojando nuevo combustible para que se levante más alta y brille más esplendorosa. En una palabra, se hallarán todos nuestros lectores en el caso en que se hallaba nuestra Santa, la Santa de nuestro corazón, la cual, cuanto más dificultosas eran las cosas de la fe, más consuelo le daban, y se veía más suave y regaladamente obligada a crearlas.

¿Cuál es esta consideración? ¿cuál es esta solución universal, sencilla y eficaz a la vez, al alcance de todas las inteligencias? No es otra, lector querido, que el hecho admirable, sensible, que por espacio de diez y nueve siglos se va continuando, esto es, el haber creído el mundo estas verdades de fe (pero que los impíos llaman necedades, contradicciones y contrasentidos imposibles), y perseverar creyéndolas a pesar de los esfuerzos colosales del infierno coaligado para prevalecer contra la Iglesia de Cristo.

Porque es cierto que el mundo veinte siglos atrás no era cristiano. Es cierto que veinte siglos ha que es cristiano en mayor o menor extensión. Es cierto que hoy hay muchos millones de cristianos que creen lo que la fe enseña. ¿Cómo se hizo tal mudanza? ¿Cómo se explica que el mundo haya quemado lo que antes adoraba, y adore lo que antes no conocía? ¿Quién ha puesto en el corazón de los hombres esa conversión, y en el entendimiento ese conocimiento? ¿Por ventura esa mudanza no es obra de la derecha del Excelso? Y si no lo es, esto es, si se niega que la religión católica se haya propagado y conservado por una especial protección de Dios, si se niega que los milagros han movido esas inteligencias y han trocado esos corazones, ¿por ventura no resultará siempre que negando los milagros se confiesa otro mayor?.

La religión católica, y por consiguiente sus dogmas y doctrinas, se han creído y practicado y se practican por millones de personas, que antes no los conocían, más aún le eran hostiles. Luego, una de dos: o han abrazado esta fe movidos de los milagros, o no. Si lo primero, es obra de Dios, tiene el sello de la autoridad de Dios la doctrina católica, y por consiguiente cuánto enseña es verdad infalible, porque jamás Dios, justo y santo, pondrá su visto bueno a una doctrina falsa: y ese visto bueno son los milagros. Si el mundo ha sido inducido a abrazar el Catolicismo sin milagros, entonces se confiesa y admite el mayor de todos los milagros, pues como advierte mi angélico maestro santo Tomás en su **Summa contra gentes**, sería el más admirable de los milagros si el mundo entero hubiese sido inducido a creer cosas tan difíciles, y a esperar tan altas, y a obras tan arduas como propone la fe de Cristo por doce hombres rudos y de la plebe, sin obrar ningún milagro.

Este hecho jamás podrá ser negado ni destruido por quien tenga ojos para ver y oídos para escuchar. Ahora bien; podemos asegurar al incrédulo: Todas las dificultades o acusaciones que puedes presentar contra las verdades de nuestra santa fe se reducen a intentar probarme una de estas tres cosas; que es la religión católica absurda en su fe, imposible o no conforme a recta razón en su moral, ridícula en su culto. Y concluyes: Luego es increíble lo que la fe católica enseña.- ¿No hay más? replicaremos entonces al impío; pues corto te has quedado. Más abultadas quisiera fuesen tus dificultades. Yo hubiera querido que no hubieses concluido que era increíble lo que la fe propone, porque entonces sólo me das derecho a concluir confirmando mi fe: luego es divina esta Religión. Más agradecido te estuviera si hubieses dicho: luego es increíble lo que la fe enseña, para replicarte yo: luego es divinísima. De suerte que la fuerza de tus dificultades corre parejas con la fuerza de confirmación de mi fe. Creías tú, oh incrédulo, que con ese trabajo, de zapa ibas a echar

por tierra mi fe, y con tus trabajos no haces más que fabricarle un antepecho y antemural para mejor custodiarla de los tiros de la impiedad. Cuánto más increíble me lo pruebes, yo lo veo más divino; cuánto más te esfuerzas en debilitar mi fe, con más resolución exclamo: Creo.

Porque cuánto más absurdo, más difícil, más ridículo e imposible te empeñes en presentarme lo que enseña la fe católica, mejor me demuestras la asistencia de Dios en la propagación de esta fe, mejor me evidencias que es obra de Dios. Porque sólo Dios puede hacer con el auxilio de su gracia que esos mandamientos que tú llamas imposibles, y no lo son, sino perfectos, sean practicados todos los días por jóvenes delicadas y hombres de todas clases y condiciones y edades. Sólo Dios puede hacer con el auxilio de su gracia que esos dogmas o misterios de nuestra santa Religión que tú llamas absurdos, y no lo son, sino superiores a la débil razón, sean creídos con tanta firmeza, no sólo por hombres sabios, sino por niñas de siete años como la virgen Teresa de Jesús, que van huyendo de las caricias y regalos de su casa a tierra de moros a pedir ser descabezadas por Cristo, por confesarlos. Sólo Dios, en fin, puede hacer con su gracia que esos ritos o ceremonias del culto católico así muevan los corazones más duros, que les obliguen a abjurar los errores de la secta en que han nacido, o recojan y eleven los corazones disipados a la contemplación de Dios.

¿Increíble, y el mundo lo cree? Luego es divina mi Religión.

¿Absurdo y ridículo, y el mundo lo sigue y lo respeta? Luego es divina mi Religión.

¿Imposible de practicar, y el mundo lo abraza? Luego es divina mi Religión.

Podremos, pues, exclamar con la Santa de mi corazón, la gran celadora de la fe en España, al presentarnos dificultades contra nuestra fe y los impíos: *Las cosas dificultosas de Dios me hacen más devoción, y mientras lo son más, más. Mientras me parece van sin camino natural las cosas de la fe, más firme las hemos de tener.* (Vida, c. 28 y 19) E. de O.

RT nº 44, mayo-1876.

Harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición, que si pensase había para que yo me la iría a buscar. (*Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 33*)

UNA RECTIFICACIÓN

Es cosa muy corriente en este siglo de las luces hallar ciegos que andan sin luz ni guía por los campos de la Historia, haciéndola decir a esta maestra de todos los tiempos y generaciones cosas falsas, exageradas, que jamás vio ni soñó. Y estas cosas se afirman con tal aplomo, a la faz de una nación y del mundo civilizado, que si no estuviésemos acostumbrados a presenciar tales desvergüenzas, tamañas miserias, no las podríamos de ningún modo creer. ¡Si creerán los tales que son infalibles, y que solo ellos están en posesión de la verdad, y que los demás son pobres ilotas condenados a no ver ni saber de la verdad sino lo que ellos afirman! Un hombre poderoso en un exceso de orgullo pudo decir: “El Estado soy yo”. Otros pretendidos sabios modernos han podido decir: “La verdad soy yo”. Pero si bien podrá haber quien tal diga, no serán por cierto todos lo que esto crean.

Y en verdad que ningún católico español que ame a la Santa de nuestro corazón, a la gloria más pura de la nación española, ha de creer lo que se ha dicho a la faz de España de nuestra incomparable mística santa Teresa de Jesús. Por hacer coro con gente extraña, o por ignorancia, denigrando al santo tribunal del Santo Oficio, no se ha reparado en afirmar que Teresa de Jesús fue

tildada de hereje y perseguida por la Inquisición. A nosotros nos ha hecho reír este dicho, como hizo reír a la Santa cuando iban a ella con mucho miedo a decirle ciertas personas que andaban los tiempos recios, y que podría ser le levantasen algo y fuesen a los inquisidores⁹. Y no hubiésemos hecho nada más que reírnos, si no estuviese en ello interesada la honra de Jesús y su Teresa. Por esto vamos a esclarecer este punto, para saber de una vez para siempre que quien tal afirma es ignorante o malicioso.

Este objeto nos proponemos en el presente artículo que titulamos **rectificación**, y que viene bien tratar aquí en la fe de la Santa, pues cabalmente se trata del Tribunal de la fe, el que conservó en toda su pureza tan preciosa joya en nuestra España en el turbulento siglo XVI. ¡Ah! si gobernantes y gobernados quisiesen entender el valor de la fe, lo que vale esta preciosísima y celestial margarita para pasar con felicidad y paz la vida, ¡cómo celarían por su pureza y conservación con gran esmero! ¿No se tiene empeño en conservar la moneda buena y castigar a los falsificadores? ¿Por qué no puede hacerse otro tanto con los que adulteran la fe santa, que es la moneda con que se compra el cielo? ¿Por ventura vale más la tierra que el cielo, la vida temporal que la eterna? ¿No deben merecer al menos iguales atenciones? Pero dejemos este orden de consideraciones que el mundo actual no puede o no quiere comprender, ni tan siquiera oír, y rectifiquemos el errado juicio del que aseguraba en un lugar público que la saña del Santo Oficio era tal que fue tildada de hereje y perseguida por la Inquisición, entre otros, santa Teresa de Jesús.

Fábula llama, y con justa razón, a este dicho un severo crítico de nuestros días que tantos y tan preciosos trabajos ha hecho sobre las obras de la Santa. Y ya todos saben, o deben saber (menos quien tal dijo), que es falso y apócrifo cuanto se dice sobre este punto. Confundese en este caso el libro de su Vida, que escribió la Santa por mandato de sus confesores, con su persona. El libro de su Vida fue denunciado al Santo Oficio por la veleidad de una señora, disponiéndolo así la Providencia para que allí mereciera ser conservado, aquilatado y aprobado con superior criterio por el célebre dominico confesor de la Santa el P. Bañez¹⁰. Pero el libro no es su persona; y si el libro estuvo en la Inquisición de Toledo, la persona de la escritora fue siempre respetada y protegida por los inquisidores¹¹.

Léanse los historiadores de la Santa, y no se hallará uno solo que presente a Teresa de Jesús víctima de la saña del santo Tribunal de la fe. Al contrario, se echará de ver siempre que muchos de sus confesores fueron inquisidores célebres, que la animaron a proseguir su obra de la Reforma del Carmelo. Baste saber que quien más ayudó a nuestra Santa en la dirección de su espíritu, quien protegió su obra y la alentó en sus santas empresas fueron los más sabios varones de la esclarecida Orden de santo Domingo, que tanta parte tuvo en el Santo Oficio. No es hoy nuestro intento vindicar este santo Tribunal (así le llamaba el pueblo español con su recto sentido en aquel tiempo) de todos los cargos que le han dirigido sus enemigos. Otros escritores sabios lo han hecho, y recomendamos su lectura a sus detractores¹². Sólo rogamos a nuestros lectores, y esto podrá darles gran luz, que al oír o leer alguna cosa respecto a este punto, tengan presente quién es el que habla y escribe. Fíjense bien en el carácter, vida y virtudes de los amigos y enemigos del Santo Oficio, y esto les explicará muchas cosas que de otra suerte no podrían comprender. El Santo Oficio es una admirable invención y digna de todo encomio para lavar la Religión de toda mancha, según el juicio de Pedro Mártir¹³; el medio más poderoso que podía desearse para la protección de nuestra santa fe,

⁹ Vida, c. 33,3

¹⁰ Véase **Obras de santa Teresa**, tom. I, pág. 132, edición de Rivadeneira, Madrid, 1861.

¹¹ D. Vicente de la Fuente: **Revista Teresiana**, nº 26, pág. 38.

¹² Véase Balmes: **El protestantismo**; la preciosa obra del Dr. Hefe: **El Cardenal Jiménez de Cisneros**, Barcelona, imprenta del Diario, 1869, pág. 160 y siguientes; y el hermoso folleto de propaganda **La Inquisición fotografiada**, Pino, 5, bajos.

¹³ Ep. 297.

que no parece sino que fue concedido a España por inspiración divina, para que pudiese verse libre de los innumerables errores y herejías que turban el resto de la cristiandad, según Zurita¹⁴; un verdadero remedio enviado por el cielo para librar a España de los males que pesaban sobre las otras naciones, males que no logró conjurar la humana sabiduría, según Mariana¹⁵; una especie de medida preventiva para que España se viera libre por mucho tiempo del terrible azote de las guerras civiles y religiosas, según el Maestre¹⁶. Pero oigamos, por fin, a nuestra Santa, que con su candor e ingenuidad nos dice más a favor del tribunal del Santo Oficio que todos los sabios. Cuenta en el capítulo 33 de su **Vida** los grandes trabajos que tuvo que sufrir en la fundación del primer convento de San José, y lo que le ayudaba el santo varón dominico Ibáñez, el mayor letrado que entonces había en Ávila, y dice así: “También comenzó aquí el demonio de una persona en otra, a procurar se entendiese, que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reír (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba por ella o por cualquier verdad de la sagrada Escritura, me ponía yo a morir mil muertes) y dije, que deso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia. Y tratelo con este padre mío dominico (que como digo era tan letrado, que podía bien asegurar con lo que él me dijese) y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacia el Señor con la mayor claridad que pude, y suplíquele lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la sagrada Escritura y lo que de todo sentía”.

Si todos tuviésemos el espíritu de la Santa, si pudiésemos hacer nuestras con todas veras sus palabras, no reclamaríamos por cierto contra la saña del Santo Oficio. E. de O.

VIII. RT n° 46, julio-1876.

Fe viva que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios
(*Santa Teresa de Jesús*).

Vamos a reanudar la serie de artículos sobre la fe de nuestra Santa, entrando hoy ya a examinar y ponderar las razones que prueban que la Santa de nuestro corazón tuvo una fe viva, perfecta, heroica, tal que le mereció los honores de ser colocada en el catálogo de los Santos, héroes de la Religión y de la fe cristiana.

Lo que es la humildad para las virtudes morales, es la fe para las teologales. Por consiguiente, conocida la perfección de la fe en nuestra Santa, poco nos ha de costar después probar su heroica esperanza y caridad.

Los Auditores de la Sagrada Rota en las relaciones de las virtudes de la Doctora mística, para proceder a su canonización, alegan para probar que Teresa de Jesús tuvo la fe en grado heroico, de suerte que basta a colocarla entre los hijos más grandes de la Iglesia católica, entre otras

¹⁴ Anales, t. V, I. F., c.6

¹⁵ Libro 24, c. 17

¹⁶ **Lettres**, pág. 96 y 100-1, 104, 106

razones, el haber nacido la Santa de padres fieles y de muy viva fe y cristianas costumbres. Católicos rancios los llamamos hoy día, tipo y acabado modelo de perfecta fe cristiana, que apenas hoy día se halla uno en nuestra tierra clásica de fe y catolicismo, excepción hecha de los que moran en las montañas y viven separados de los centros de ilustración y despreocupación, o mejor dicho, de perversión y desenfreno.

Parecerá extraño que tan sabios doctores aleguen esta razón extrínseca para probar la fe pura y perfecta de Teresa de Jesús, pues siendo la fe un hábito sobrenatural infundido por Dios en el santo Bautismo antes que la razón despunte y el alma reflexione y haga repetidos actos de fe, tiene ya sin ningún mérito suyo este hábito santo.

Con todo, debemos reconocer que para que este hábito se desarrolle debe pasar a acto, y no hay cosa que mejor disponga el ánimo, sobre todo de la inocencia, que el buen ejemplo. Entonces se desarrolla, crece y perfecciona este árbol de la justificación sin encontrar obstáculo, al contrario favoreciéndole todas las circunstancias, para que obtenga completa perfección. El Espíritu Santo mueve interiormente e impulsa el corazón de inocente niño: los padres le facilitan la práctica, le allanan las dificultades poniendo delante ejemplos dignos de imitar. Una palabra oportunamente dicha, un aviso dado a tiempo, un consejo, una lección santa, un recuerdo de los santos Confesores y Mártires de la fe enardecen el ánimo y el ánima de este templo del Espíritu Santo, y no es raro ver los tiernos niños ir a desafiar los tiranos, buscar con ansia los tormentos y la muerte para conquistar la corona del martirio, el lauro más precioso de la confesión de la fe.

Testigo la tierna niña Teresa de Jesús, que al leer las vidas de los Santos, al reflexionar sobre el premio que se da a la fe, a los siete años huye de la casa paterna con su hermanito Rodrigo, para irse a tierra de moros a pedir la descabezasen por Cristo, como la misma escribe. Si, pues, el ejemplo de los Confesores de la fe oído por la virgen Teresa tanta impresión hizo en su bien dispuesto corazón, ¿qué no haría el ejemplo vivo y frecuente de sus padres, en quienes, como ella afirma, encontraba siempre aparejo para todo lo bueno y lo que era virtud? Impulsada por el Espíritu Santo y guiada, sostenida y alentada con tan perfectos ejemplos, no viendo cosa que no la moviese a creer más firme y prácticamente lo que la fe le dictaba, debía esta alma generosa atesorar riquezas perfectísimas de fe y de amor, que toda su vida la sirviesen de aliento y de fortaleza.

No es de extrañar, pues, que la misma seráfica Doctora, convencida de esta verdad, exclamase: “Gran favor hace el Señor a quien pone en compañía de buenos. Debieran procurar los padres en esta edad de la inocencia que sus hijos no viesen más que ejemplos de virtud”. Faltando estas condiciones hoy día en la mayor parte de los padres cristianos, no es de maravillar que la fe de cada día se ostente más débil en todos los cristianos, sea menos viva, menos pura, firme y generosa. En los tiempos de Teresa de Jesús, tiempos de exhuberancia de fe, si nos es permitido hablar así, no se comprendería lo que hoy pasa, pues se tiene por cosa rara que un cristiano tenga fe viva y a ella ajuste sus acciones. Entonces era la regla general esta conducta, hoy forma excepción. ¡Qué contraste! ¡Cómo hemos ido degenerando de la fe de nuestros mayores! y cuenta que, según dice, España es aún la nación teológica, la nación de más fe de todo el mundo. ¿Cómo extrañar, pues, que así el Señor castigue a la infiel Europa, sobre todo a la infiel España, que de cada día va apartándose más de la verdadera fe?

Por eso creemos con fundamento que Dios, que a cada época ha provisto de un remedio, ha suscitado en estos últimos tiempos la devoción a la gran celadora de la fe en nuestra patria santa Teresa de Jesús, para avivar la fe en los corazones de los españoles y hacerla revivir en muchos que la perdieron por desgracia.

Si la fe de la gran Teresa empieza a brillar con los más espléndidos fulgores en su cuna, suspirando por el martirio, ¿qué no hará en sus últimos años?

Lo examinaremos en los siguientes artículos.

E. de O.